

El cuerpo y la capacidad de agencia

Elba Noemí Gómez Gómez

El cuerpo es determinante en última instancia

Hace muchos años, cuando empecé a leer sobre marxismo, me costaba trabajo entender aquella frase que decía que “lo económico es determinante en última instancia”, yo, desde mi postura de rescate del sujeto y su capacidad de transformar la realidad, su propia realidad, leía aquella tesis como un determinismo que desconocía la posibilidad de la persona de ser actor de su existencia. Pero a los años, cuando incursioné en el trabajo de educación popular, me di cuenta de que las carencias económicas implicaban la falta de oportunidades en todos los campos de la existencia, que los llamados “pobres” implicaban la mayor parte de sus esfuerzos en acciones y estrategias de sobrevivencia, llamaba mi atención el hecho de que hicieran poca alusión a la dimensión psicológica del bienestar subjetivo; que sus discursos giraran en torno a que el dinero no alcanzaba, a acarrear agua, a colgarse de los postes para tener luz, a taparse el frío, a tener ropa, a no tener dinero para atender la salud, a que no hubiera escuelas cerca o a que no hubiera transporte; me decía: “¡claro, si no tienen lo básico, cómo se van a preguntar en torno a cómo se sienten!”. No había espacio para esas preocupaciones.

Así fue como mi involucración en procesos educativos, organizativos y políticos, desde mi rol de “educadora popular”, me llevó a la reflexión en torno a que los procesos organizativos para conseguir servicios básicos, tendrían que ir acompañados de procesos pedagógicos que favorecieran que los participantes se asumieran como sujetos de derechos, como habitantes legítimos de la ciudad, que imaginaran, por lo tanto, una forma de vida “más digna”, lo cual incluía, el poder perfilar horizontes de futuro. De ahí inicia mi interés por el tema de la agencia, que se tradujo en una definición englobante: “Ser proyecto social en sí mismo”, haciendo alusión a la posibilidad de un actor de hacerse protagónico frente al mundo pero junto con el otro, inmerso en un proyecto.

Producto de un trabajo de investigación que consistió en recuperar los saldos en los ámbitos vida de un grupo de personas que habían participado con anterioridad en un proyecto organizativo, recupero la atención la frase de Angélica, una luchadora social: “La gente dice que ya me creo mucho, que porque visto diferente, sigo gastando lo mismo, sigo comprando en la ropa de segunda, pero ya me preocupo más por mi apariencia, hago dieta para mi diabetes, hago ejercicio, ya me quiero más”, agrega: “... y es que la gente no se quiere, tiene una autoestima baja”.

Una consideración en torno a testimonios como el de Angélica, es la forma en que se reconstruyó su identidad a partir de la involucración en una experiencia organizativa y política. La cultura corporal se ve también reconfigurada. Con esto se puede dilucidar que, si bien el cuerpo es producto sociocultural, esto no quiere decir que sea determinado mecanicistamente, ya que siempre está presente, muchas veces de manera agazapada, la capacidad de agencia del ser humano, que nos interpela en el reto de abordar al cuerpo como agente.

Años después tuve la oportunidad de acercarme a personas que sufrían “brotes psicóticos”; observando de cerca, notaba que dichos “brotes” tenían su primera expresión diagnóstica en el cuerpo, no es que iniciaran en el cuerpo, pero éste simbolizaba un campo de batalla que marcaba la frontera con “la salud mental”. A saber: exceso de actividad o inmovilidad; no dormir o dormir demasiado; no comer

o comer en exceso; no hablar o hablar sin freno; bañarse y lavarse las manos compulsivamente o no asearse; cambiarse de ropa frecuentemente o no importar la apariencia; hacer y hacer cosas o no hacer nada; llorar mucho o no expresar sentimientos; manipular el excremento o tener asco a todo; ordenar compulsivamente los zapatos o tener todo el entorno desordenado; verse excesivamente en el espejo o sentirse “feo o fea” permanentemente...

Pensaba yo: “El cuerpo suele ser desdeñado en la vida cotidiana, muchas son las personas que se alimentan mal, que no hacen ejercicio, que no descansan suficiente, que persiguen la moda irreflexivamente, que se involucran en experiencias sexuales donde quedan colocadas como objeto o colocan al otro, a la otra como objeto, no trabajan su sexualidad para su propio placer y bienestar profundo, consumen alcohol o drogas en exceso, someten su vida a un estrés constante, no acuden a revisión médica o tienen respuestas psicosomáticas que los llevan a la hipocondriasis, etc.

El respeto hacia uno mismo ha sido suplido, muchas de las veces, por la persecución de un modelo de cuerpo joven y seductor, al servicio de un placer que a veces deja una sensación de vacío: en un interjuego entre el aumento del control social de la imagen de un cuerpo logrado y si no se contrapone, también sano; la culpa frente al cuerpo ha disminuido pero ha aumentado una especie de aprehensión narcisista; se han desdibujado los ideales como prescripciones y ha proliferado la información de la moda, la dieta, la higiene y la estética.

En el sentido de estas palabras, encontramos aquello que Le Breton (2008), menciona acerca de que la existencia es corporal antes que nada. La satisfacción de necesidades colocadas en el cuerpo como mecanismo de resolución prácticamente infalible, se convierte en una prioridad, o más bien dicho, en el puerto de entrada para la significación y la satisfacción, y por lo tanto, de la propia existencia individual y colectiva. El cuerpo se vuelve, en palabras de Le Breton, en “la huella más tangible del actor en cuanto se distienden los vínculos sociales y la trama simbólica que provee significaciones y valores (p. 11).

El cuerpo se encuentra bajo los fuegos de los proyectores. Cuestionamiento coherente, incluso inevitable en una sociedad de tipo individualista que entra en una zona de turbulencia, de confusión y de eclipse de los puntos de referencia incontrovertibles y que, en consecuencia, sufre un repliegue fuerte sobre su individualidad. Por un lado, como Lipovetsky (1994), señala, “desde la expansión de los derechos subjetivos, se establecen nuevos consensos sobre el cuerpo, que se asocian con los consensos sobre la vida y la muerte; por ejemplo la extensión del derecho individualista a disponer libremente sobre el propio cuerpo” (p.95), que se traduce en múltiples situaciones en habitar los linderos de los riesgos. Estamos en una era donde al mismo tiempo se lanza sin freno a la persona hacia un conjunto de ofertas enarboladas en el bienestar subjetivo y por otro lado la moral de la sociedad previene y se posiciona autoritaria frente a los riesgos y los abusos. En la carrera imparable del neoliberalismo se favorece la lógica del capital, que ha hecho del cuerpo un territorio controlado y al mismo tiempo se censura a aquellos que caen en excesos, todo mientras no afecte los intereses del mercado.

En mis veinte años de involucración en el campo educativo, recupero el hecho de que el espacio educativo es una construcción socio cultural, es un espacio que escenifica la vida social, por lo tanto, va más allá de la tan “sacralizada” dimensión académica de la escuela. En la escuela se aprende también las formas

de relacionarse, de incluir o excluir al otro, se va formando al actor social, se forma al ciudadano. La búsqueda por sentirse, por saberse, por estar, por encontrar un lugar, por pertenecer, por sentir que se pertenece pasa en buena medida por el cuerpo. Niños y jóvenes son excluidos por su vestimenta, por el dinero y lo que pueden consumir, por el origen de su familia, por el color, por el aspecto, por el peso, por la estética, por las capacidades físicas, por nombrar algunas. Pero a diferencia de lo que se piensa, en la exclusión participan los profesores, aunque muchas formas de exclusión y de silencios frente a la misma aparecen como imperceptibles por estar camuflados por el rendimiento académico; si el maestro permite la discriminación con su silencio es también cómplice de la misma.

Cuando realice aquella serie de observaciones a la práctica de maestros de educación básica, llamó mi atención una maestra que cambiaba su tono de voz, la endulzaba cuando entraba “Luisito”, rubio, de ojos azules y de vestir impecable. También recuerdo el desagrado que mostraba ante Lourdes, morena, bajita de estatura y poco aseada; se notaba con prisa cuando ella preguntaba algo, la interrumpía, la mandaba a sentar hasta atrás bajo cualquier pretexto, entre otras manifestaciones de desagrado. En cambio, frente a una pregunta, cuando contestaba Pablo, el tiempo trascurría sin límites. O qué decir de aquel maestro que sentaba a las “chicas lindas” adelante y les hablaba con un tono de voz cargado de seducción; o traer a la memoria al maestro de educación física que tocaba de más a las jóvenes; o aquel que tenía una imagen poco aseada, con exceso de kilos, pasivo, quien ordenaba a los alumnos realizar una serie de ejercicios desde la comodidad de su trinchera. Rememoro también al maestro de los equipos representativos de voley ball, que decía “si no hay dolor, no hay triunfo”, que fomentaba el individualismo y la competencia desleal entre los miembros del equipo, permitiéndoles entrar en el juego o excluyéndolos, lo cual no significa que la disciplina tenga que ser desdeñada.

Los educadores tenemos responsabilidad en la promoción de una cultura corporal para la inclusión, que abarca el conjunto de la convivencia en la escuela: educar para la diferencia y en la interculturalidad, que implica conocer, aceptar, reconocer y valorar al otro. Somos responsables de educar para el desarrollo de la capacidad de agencia, para lo cual, el cuerpo es un pretexto invaluable, pues es el vehículo de la vida social, es una matriz de significación.

En el espacio escolar, el trabajo corporal, en sus múltiples acepciones es un potencial importante para promover la inclusión, reeditar la interculturalidad y favorecer el desarrollo de la capacidad de agencia.

En el despliegue de procesos pedagógicos de cara a cualquier ámbito de vida se nos demanda volver la mirada hacia el cuerpo y sus lenguajes. En lenguaje coloquial, podemos decir que las estructuras de “afuera”, mantienen estrecha relación con las estructuras “internas”; parafraseando a Berger y Luckman (1994), la construcción social de la realidad es al mismo tiempo objetiva, subjetiva e intersubjetiva. Las matrices vinculares y el lugar que se otorga la persona en el mundo es un continuo con las estructuras de representación, con las matrices de significación de la existencia. Aquella frase de Marx: “Lo económico es determinante en última instancia”, toma sentido en paráfrasis alrededor del cuerpo: “El cuerpo es determinante en última instancia”, sin desconocer la realidad sociocultural circundante, que nos invita a asumir que la globalización en maridaje

con el neoliberalismo, no sólo impacta los grandes campos de la vida social, sino que influye en la cotidianidad y la intimidad. En esa cualidad del neoliberalismo, de ser vorágine que arrastra todo a su paso, el cuerpo como construcción socio cultural no es eximido del impacto, en tanto que es al mismo tiempo productor y producido del mundo social, lo cual abre originales posibilidad de actoría.

El cuerpo como paradoja en la sociedad contemporánea

Se ha vuelto lugar común la afirmación de que el mundo contemporáneo se caracteriza por la caída de las certezas, de las seguridades, de la confianza; se habla de una realidad en constante cambio, cuyo atributo principal es el movimiento (Appadurai, 2001); ello, a decir de Giddens (1993), conlleva riesgos que generaciones pasadas no tuvieron que enfrentar y algunos aspectos profundos aparecen muy distintos de los que habitaron los hombres en anteriores períodos de la historia. Sirva de ejemplo la episteme en torno al cuerpo.

Los ejes básicos de tiempo y espacio han cambiado. Se han visto trastocadas las coordenadas espacio – temporales. Para Bauman, “ya no existen fronteras naturales ni lugares evidentes que uno deba ocupar, todos vivimos en movimiento, o se vive atado al espacio, en un espacio pesado, resistente, intocable o cualquier distancia se recorre instantáneamente” (1999, p.117). Valga para el cuerpo la misma paradoja. Se ha colocado al cuerpo como centro de consumo, como foco de una amplia gama de ofertas, que conllevan la ilusión de que se es poseedor de múltiples posibilidades de elección. Como ejemplos: la apertura indiscriminada a la vida sexual, el tránsito espacio temporal, lo cambiante de las modas, el mercado de las sensaciones, la reedición virtual del cuerpo desde las nuevas tecnologías, las ofertas estéticas de múltiple sello y las propuestas variadas de salud, entre otras.

Lipovetsky (1994) y Le Breton (2008), coinciden en que la primera modernidad fue estremecida por una crisis de sentido, de valores y de legitimidades, que ha contribuido a la búsqueda de arraigo físico. En la sociedad contemporánea el cuerpo se ha puesto en los reflectores, con una valoración como nunca antes se le había otorgado. Sobresale una apuesta por los derechos subjetivos, el deseo, el trabajo de mantenimiento y de desarrollo de tipo narcisista para crear una cultura en la que el logro individual está en todas partes y los deberes hacia uno mismo en ninguna (Lipovetsky, 1994).

Las marcas tangibles del cuerpo adquieren una fuerte relevancia para la identidad. Desde la vertiente expresada con anterioridad, el cuerpo se vuelve un territorio a conquistar; el cuerpo se vuelve un proyecto a ser habitado, a ser apropiado, desde un individualismo que resalta la subjetividad y desdibuja la responsabilidad hacia el otro, es un neo individualismo que se caracteriza por la búsqueda ciega de bienestar. Los cuerpos en la fantasía de una estética dictada por occidente acaban fragmentados e instrumentalizados. Se vuelven botín de la lógica de mercado. La globalización está impactando nuestra forma de vivir, nuestra manera de relacionarnos, de habitar el mundo, de construir representaciones, de construir identidad. El neoliberalismo deja a su paso estelas de malestar humano improntadas en ofertas de bienestar subjetivo, que conforman una nueva dramática psicológica y una doble moral entre el virtuosismo y la liberalidad.

Para Lipovetsky (1994), la postmoralidad ha dado un revés a la dimensión ética, en donde el precario equilibrio entre ética y estética se ha visto canteado hacía una estética de mercado, en dos polos de consumo, lo frugal y lo que aparece

enmascarado de alternativo. Una paradoja de la sociedad actual, es que por un lado se deteriora la calidad de vida y por otro proliferan las campañas en pro de la salud: “Dejar de fumar”, “Adelgazar”, “Alimentarse sanamente”... Se responsabiliza a la persona del deterioro social y se le culpa del mismo.

En esa reivindicación de pertenecerse a sí mismo, se atenta muchas de las veces contra sí, contra el cuerpo. La legitimación creciente de los valores de libertad privada y la búsqueda de bienestar a toda costa tienden a desanclar la responsabilidad del sujeto sobre su vida, sobre su cuerpo, ello nos remonta a la máxima Kantiana “Sólo puedo sentirme obligado hacia los demás en la medida en que me obligo al mismo tiempo a mí mismo”. La responsabilidad sobre sí mismo, sobre el propio cuerpo es la responsabilidad hacia los demás.

Asumir los anteriores planteamientos desde la generalización nos puede llevar a lecturas catastróficas, donde se le confiere al caos y al individualismo galopante el poder de anular al sujeto en su carácter de actor y autor, negándole cualquier posibilidad de reedición y de agencia.

Aún, sin negar que el neoliberalismo y la globalización imprimen un sello a la realidad, también es cierto que encontramos experiencias que están hechas de creativas estrategias de sobrevivencia e innovación en la forma de perseguir el bienestar, en la forma de hacerse cuerpo social, es decir, de hacer y hacerse con el otro.

Giddens (1999), matiza en torno a que “la globalización no tiene que ver sólo con lo que hay “ahí afuera”, remoto y alejado del individuo; es, también, un fenómeno de “aquí adentro”, que influye en los aspectos íntimos y personales de nuestras vidas” (p.24). Aspectos íntimos como el cuerpo mismo, que es al mismo tiempo constituyente y constituido de los social. Le Breton (2002), puntualiza al respecto que “el cuerpo es el lugar y el tiempo en el que el mundo se hace hombre inmerso en la singularidad de su historia personal, en un terreno social y cultural en el que se abreva la simbólica de su relación con los demás y con el mundo” (p. 35).

Arboleda, desde un referente que nos es más cercano, la realidad latinoamericana, vuelve su mirada al cuerpo indicando como cada estructura social y cultural va marcándolo, dando lugar a una relación permeable, de co-construcción, que a su vez impacta en la conformación de la identidad individual y colectiva: “El cuerpo, en este caso, expresa el paso de la cultura y su diario acontecer, en percepciones, actitudes, prácticas y representaciones. El cuerpo lo he entendido como una estructura simbólica que se ha elaborado en las experiencias con las estructuras sociales, con los acervos culturales y en los dramas cotidianos” (2009, p. 51). Borear sobre la cultura corporal nos remite al entendimiento del sujeto social, al papel del cuerpo en la cultura en la que se encuentra inmerso.

Distanciándonos de lecturas fatalistas, no creemos que estemos frente a un orden mundial dirigido por una voluntad maquiavélica. Desde una perspectiva agencial, el conjunto de cambios adjudicados al tiempo actual conforman un cosmopolitismo que tiene la bondad de dar vía a lo inédito, a múltiples posibilidades; lo cual tiene adjetivo de paradójico: más riesgos, más búsquedas. El sujeto hoy por hoy busca un equilibrio constante, precario y provisional entre el adentro y el afuera; entre el riesgo y la búsqueda de certezas, entre lo global y lo íntimo.

El estudio del cuerpo abre nuevos derroteros desde la constitución de la persona en la realidad actual, caracterizada por la incertidumbre, los cambios, la complejidad, los riesgos, la inseguridad, la desprotección, pero también desde la afirmación de

que ningún ser humano de ninguna época había tenido frente a sí tantas posibilidades de información, de consumo, de tránsito (Giddens, 1995b). La modernidad reflexiva, ha resaltado Arboleda (2009), abre "la puerta al cuerpo para su participación explícita como evidencia, como discurso, como mensaje, como pasión, como sujeto, como actor, como agente, como estrategia, como constructo" (p. 49). Pero ¿qué es la agencia?, ¿por qué se habla de desarrollo de la capacidad de agencia? ¿Sólo algunos tienen agencia? ¿la agencia se adquiere una vez y para siempre? ¿qué tiene que ver el cuerpo con la agencia?

El desarrollo de la capacidad de agencia

La capacidad de agencia reivindica el papel activo del sujeto frente al mundo, frente a su mundo. Rescata la capacidad del ser humano de transformar el entorno, a sí mismo y al otro. Es una respuesta a los planteamientos deterministas y / o idealistas que colocan a la persona como ente pasivo, presa de las determinaciones externas, o como víctimas que sólo pueden avanzar a partir de la intervención de la mano salvadora del otro.

La agencia no es una esencia, no es una cualidad ahistórica, es una condición humana, matizada por la historia particular del sujeto. La agencia es una noción que pretende establecer puentes entre lo objetivo y lo subjetivo. Tampoco es privativa de algunos, es un atributo humano, con diversas expresiones, matices y gradientes. Lo cual quiere decir que no siempre se encuentra la persona en el "top" de la agencia, ni hay personas sin capacidad de agencia. Kaës (2005) nos muestra una idea menos sacralizada de la misma cuando afirma que frente a las instituciones se es al mismo tiempo actor, actuado y espectador, desde donde se infiere que en cualquiera de estas tres acepciones hay agencia. No se puede entender la agencia desligada de la relación con el otro, relación de responsabilidad, de proyecto, de acción conjunta, de referente representacional y de construcción identitaria. Aunque el término agencia suele aparecer como una abstracción, como un estado del sujeto, al hablar de desarrollo de la capacidad de agencia le colocamos en su dimensión pedagógica, la entendemos como un proceso; así, los diversos autores de los que nos respaldamos para su entendimiento utilizan algunas rasgos que pretenden alejar a la noción de lo estático, tales como avance en la conciencia, la voluntad, la toma de decisiones, la libertad, la responsabilidad y la praxis como transformación; también resalta el interjuego entre estructura, subjetividad e intersubjetividad, con los matices del entorno y la historia.

Giddens (1995a), reivindica la capacidad del sujeto de actuar, de tener intencionalidad, en sí, voluntad. Señala algunos rasgos constitutivos del agente: El agente es competente, es reflexivo, es intencional; agrega que al desplegar su capacidad de transformar a través de su actuar produce una diferencia en el estado de cosas. El autor incluye a la reflexividad como un componente de la agencia, la define como el registro continuo de una acción, le asocia con la conciencia. El autor que le da mayor peso a la reflexividad es Bourdieu (1995), éste considera que la persona es agente activo, que asume un lugar en el mundo y que desde ahí tiene obligatoriedad con el mismo. En el peso que le otorga Bourdieu a la reflexividad para comprender a la agencia, la coloca como una mediación entre el habitus y el campo, para él la acción histórica del agente se conforma en forma de instituciones y se encarna en los cuerpos a manera de *habitus* (Bourdieu, 1995). En esta doble

dimensión, el hombre despliega su acción hacia la realidad, pero también hacia sí mismo desde la noción de *Habitus*, en tanto conjunto de predisposiciones duraderas, cambiantes y transferibles. El campo remite al tema del espacio social, metafóricamente es el campo de juego donde se establecen relaciones objetivas entre posiciones diferenciadas, socialmente definidas e independientes de la existencia específica de los agentes que las ocupan, para el autor en cada momento, el campo se estructura por el estado de las relaciones de fuerza entre los agentes. Los recursos que tiene el actor para jugar en el campo tienen relación con los capitales económico, cultural, social y simbólico acumulados, dichos capitales se distribuyen de forma desigual entre los agentes según la posición ocupada en el campo. La distribución de los diversos capitales conforman atributos del cuerpo que suelen ser motivo de exclusión o inclusión del sujeto en el campo, como evidencian las observaciones referidas a maestros de educación básica. Para Bourdieu la reflexividad que acompaña las prácticas sociales otorga la cualidad agencial. El sujeto es un agente activo que juega en un campo, lo cual le confiere un lugar en el mundo y desde ahí se reestructura el *habitus* (Bourdieu, 2007).

Para Touraine (2005), el convertirse en sujeto tiene que ver con la movilidad de la voluntad y con la legitimidad de ser actor, con la capacidad de transformar y transformarse. La noción de actor estará asociada al de movimiento social. Luis Marrufo (2012), hará convivir con tres nominaciones el término de “agente”: actor, autor y auditor de sus actos. Mientras que Touraine no hablará de agente, en su disertación se distancia del individuo, diferenciándolo del sujeto y del actor. Para él, el individuo es aquel que vive atado al consumo, al deber ser, a la promesa de integración social, al narcisismo, etc., mientras que sujeto es el individuo que objetiva dicha influencia sin negar su situación social, pero transformándola de manera activa; en esa línea sobresalen cuatro atributos de la agencia: la libertad, la acción transformadora, la voluntad, la capacidad de movilidad y el reconocimiento de su lugar de actor. Aunque Touraine no utiliza el término de agencia, cuando aborda al sujeto como actor está refiriéndose al proceso de agenciamiento. El debate sobre la agencia tiene lugar en tanto cuestiona el papel adjudicado al hombre como ente pasivo para reivindicar su papel como actor y autor de su vida. Luis Marrufo (2012), resaltará la capacidad del ser humano para la toma de decisiones frente a un amplio abanico de posibilidades. Como podemos ver, pone el acento en la intencionalidad, en la capacidad para optar y para construir sentido, en esa línea le adjudica al agente el mote de auditor. Zemelman (2002), hará alusión al protagonismo del actor frente al mundo. Para él, el sujeto-actor se hace como conciencia de su temporalidad histórica. Su concepción de agente tiene que ver con que el sujeto se asuma como creador de su vida y de su realidad circundante, que lo posibilita para la construcción de su propia historia, en el despliegue de su capacidad de actuar poniendo en juego la voluntad y la emoción.

El sujeto Zemelmaniano crea y construye en circunstancias que él no ha elegido plenamente y cuyas consecuencias tampoco controla a cabalidad, pero que, a pesar de tales condiciones limitantes de posibilidad tal sujeto permanece “erguido”, en posición “siempre gestante”, de autodesafío sin fin. Aunque es consciente de sus límites, los trasciende constantemente. (Zemelman, 2002, 2010). Alude a la conciencia histórica, que es el interjuego entre pasado, presente y futuro. Desde nuestro acercamiento traducimos que el cuerpo es una construcción histórica, en el cuerpo se encuentran impresas las huellas del caminar del ser humano por el

mundo. Parafraseando a Zemelman, si bien es cierto que el cuerpo ha sido secuestrado por la lógica del capital y colocado en el centro del consumo, en la ilusión de certezas, seguridad y protección. También es cierto que frente a “dichas condiciones limitantes de posibilidad”, el ser humano tiene el potencial de ser creador de su propio destino y del de su mundo, de tomar el destino en sus manos, de refundar la vida y ser capaz de construir proyecto, de ser dueño de su cuerpo.

Algunas reflexiones

La pregunta por la agencia, es la pregunta por la autoría, por la manera en que el sujeto deviene actor social, por la firma de su paso por el mundo y por el reconocimiento del propio caminar y de las huellas dejadas. Es el accionar que se traduce en su impacto sobre las personas que los rodean, cosas, tiempos y espacios. (Gómez & Zohn, 2012). Algunos de los atributos de la agencia que tienen mayor densidad son: La responsabilidad, la toma de decisiones, la libertad, la autonomía, la reflexividad, la conciencia, la praxis, el poder y la voluntad. Es importante mantener la vigilancia para no caer en la común tentación de leerlos desde la idealización o desde el deber ser, éstos son epistemes de un mapa por armar. Cuando se habla de agente se suele asociar con adjetivos como activo, reflexivo, libre, consciente, con capacidad de tomar decisiones. Una zona de riesgo es que al nombrar las cualidades de un agente se desconozca que la persona – cuerpo es una construcción socio cultural, un producto de la época, al mismo tiempo es constructor y construido. En términos genéricos el agente es un sujeto relacional, que construye redes, proyecta la vida, imagina, dialoga, desde ahí hace su historia, se hace historia social y cultural.

Rubiela Arboleda (2009) y David Le breton (2008) coinciden en que el cuerpo en sí mismo, se ha vuelto un territorio de significación y de construcción de la propia identidad, agregamos nosotros que desde un proceso de resignificación del mismo se abren posibilidades de desarrollo de la capacidad de los sujetos para ser actores de su propia vida. Siguiendo a Arboleda, podemos sostener que si consideramos al cuerpo como un "agente activo de los procesos culturales" y al mismo tiempo como una manifestación de estos, se puede incidir desde aquí en la pautas reguladoras de la vida cotidiana, pero también en el desarrollo de la capacidad de agencia. “Es como si ante el imperativo de la incertidumbre se inaugurara una esperanza de certeza: el cuerpo” (Arboleda, 2009, p. 50). Para la autora el tema del cuerpo demanda una mirada distinta que permita leer a la sociedad en el cuerpo mismo. La problemática social ha cambiado, la cultura corporal se ha complejizado, ya no es opción un lectura contextual, es imprescindible un acercamiento desde lo socio cultural, desde lo político, desde lo económico, desde la filosofía, es una necesidad epistémica y ética. Nos está demandando nuestra intervención como profesionales con una mirada abierta, interdisciplinar y ética. El cuerpo es una construcción socio cultural. El cuerpo va construyendo su propia historia; es el asiento de la vida, es la expresión de la existencia, de las formas de vincularidad, de la identidad. Le Breton (2008) alude a que "dado que la crisis de las legitimaciones ha vuelto problemática la relación con el mundo, el actor busca sus marcas a tientas y se esfuerza por producir un sentimiento de identidad más propicio" (p.11). Entonces, es en el cuerpo donde se da la posibilidad de hacer una diferencia, con tendencia a convertirse en un espacio de reconciliación, de encuentro, de inclusión y no de exclusión; para de esta manera conectarse con los otros. Por lo tanto, la apuesta se

encuentra en darle más atención al cuerpo de la que se le otorga cotidianamente, pero una atención agencial. Pero ¿qué es educar el cuerpo para el desarrollo de la capacidad de agencia? Habría que plantear primero el centro del tema, que es la construcción de sentido, que nos remite al plano de los ideales, de las utopías, que coincide con el planteamiento de Lipovetsky (1994) en tanto el desdibujamiento de los ideales por una moral individualizante, una moral liberal que con el signo de los derechos individuales ha caído en una sacralización de la libertad, del hedonismo, del pragmatismo y utilitarismo del cuerpo, éste se ha vuelto un codiciado botín al mejor postor. La referencia a la agencia en su dimensión ontológica, nos acerca al tema del cuerpo en lo referente a la responsabilidad sobre el mismo, en tanto vehículo existencial y relacional, sobre la propia vida y de las consecuencias que se deriven. Diría Freire (1970), que hacerse dueño de sus prácticas corporales, es hacerse dueño de su historia, de su actuación sobre el mundo, sobre sí, sobre su futuro. Recapitulando, la agencia es una actuación reflexiva y relacional frente al mundo, es “la posibilidad del sujeto de ser proyecto social de sí mismo a partir de su actuación protagónica sobre la realidad social” (Gómez, 2012).

Bibliografía

- Appadurai, Arjun (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Trilce.
- Arboleda, Rubiela. (2009). *El cuerpo: huellas del desplazamiento. El caso de Macondo*. Medellín, Colombia: Hombres Nuevos Editores.
- Bauman, Zygmunt (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2003). *Modernidad líquida*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1994). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, Pierre. (2007). *El sentido práctico* (A. Dilon, Trans. S. X. editores Ed. 1a. ed.). Argentina: Siglo XXI.
- (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Freire, Paulo. (1970). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- (1995a). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1995b). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- (1999). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Buenos Aires: Taurus.
- Gómez, Elba Noemí. (2012). El diálogo como vehículo de agencia. In ITESO (Ed.), *El diálogo como objeto de estudio. Aproximaciones a un proceso cotidiano y a su calidad*. Acosta, Raúl (coord) Guadalajara: ITESO.
- Gómez, Elba Noemí, & Zohn, Tania. (2012). *Agencia y cambio en psicoterapia. El espiral de la reflexividad*. Guadalajara: En prensa.
- Kaës, Rene. (2005). *Sufrimiento y psicopatología de los vínculos institucionales: elementos de la práctica psicoanalítica en institución*. Buenos Aires: Paidós.
- Le Breton, David (2002). *Antropología del cuerpo y de la modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Breton, David (2008). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva visión.

Lipovetsky, Gilles (1994). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama.

Marrufo, Luis. (2012). El diálogo como opción frente al uno mismo, el otro y lo otro en el proyecto de ser como humano. In ITESO (Ed.), *El diálogo como objeto de estudio. Aproximaciones a un proceso cotidiano y a su calidad*. Acosta, Raúl (coord). (1a. ed., pp. 413). Guadalajara: ITESO.

Touraine, Alan. (2000). *Crítica de la modernidad*. Fondo de Cultura Económica.

Touraine, Alan. (2005). *Un Nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Zemelman, Hugo. (2002). *Necesidad de conciencia. Un modo de construir conocimiento* (E. Anthropos Ed. 1a. ed.). México: Barcelona : Anthropos ; México : El Colegio de México ; Escuela Superior de Michoacán ; Universidad Veracruzana.

Zemelman, Hugo. (2010). Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible. *Polis*,